



Entre Amigos

OSCAR A. DELLA VALLE

OSCAR A. DELLA VALLE
(LUIS A. DE LA VEGA)

34.456



Entre Amigos

TEXTO DE LECTURA
PARA TERCER GRADO

APROBADO POR EL CONSEJO
GENERAL DE EDUCACIÓN DE LA
PROVINCIA DE BUENOS AIRES
ILUSTRÓ S. MAGNO

UNDÉCIMA EDICIÓN

1943




EDITORIAL INDEPENDENCIA, S. R. Ltda.
CORPORACIÓN ARGENTINA DE
PUBLICACIONES DIDÁCTICAS

RECONQUISTA 319-325

BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

244 X 790



A LOS MAESTROS

Escribí este libro siendo maestro de una modesta escuela rural, una de esas escuelitas a la que los escolares llegan después de recorrer largas distancias a caballo.

Allí viví y trabajé durante siete años, sin más compañeros que la naturaleza y mis alumnos.

En la quietud de aquellos campos compuse estas lecturas, con el pensamiento puesto en los niños, por los que siento acendrado cariño: ese cariño de amigo, de hermano, de padre, que encaminó mi vida hacia la enseñanza, a la que vivo consagrado, callada y silenciosamente, como quien cumple un destino inevitable.

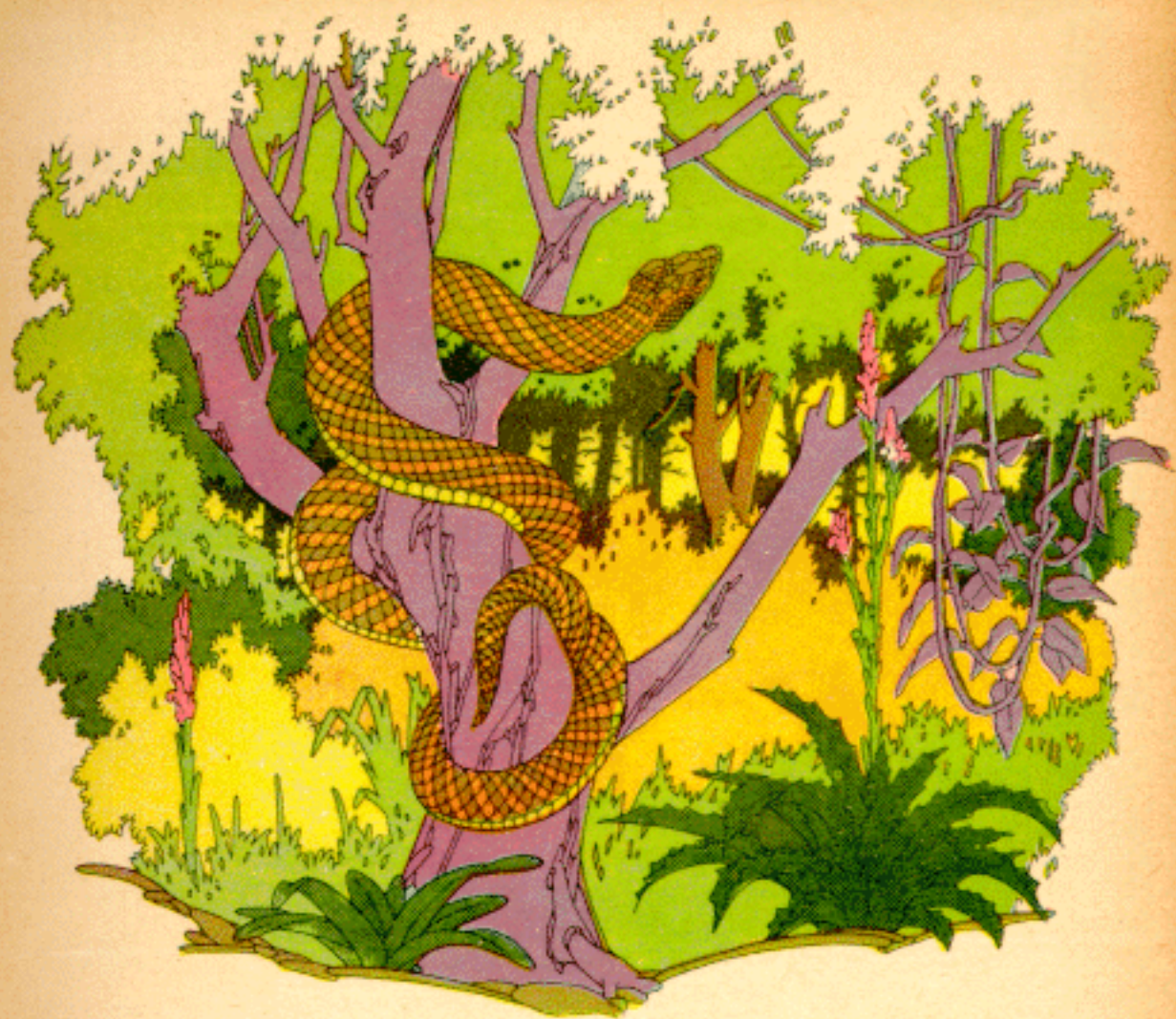
Todas ellas han sido larga y prolijamente ensayadas, para averiguar en qué medida gustaban al niño, hasta qué grado interesaban su atención y, finalmente, para juzgar sobre la eficacia del léxico empleado.

Por los asuntos que tratan pueden ser agrupadas en dos categorías principales: las unas están destinadas a educar; las otras a instruir.

Las primeras, ligeramente emotivas, tienden a hacer vibrar suavemente el alma del niño. Con ello han cumplido su fin, pues están dirigidas a su corazón más que a su inteligencia.

Las segundas son, por su contenido y estructura, centros estimuladores de la curiosidad del escolar, y tienen por objeto despertar y desarrollar sus facultades de observación y reflexión, fuentes primordiales del conocimiento.

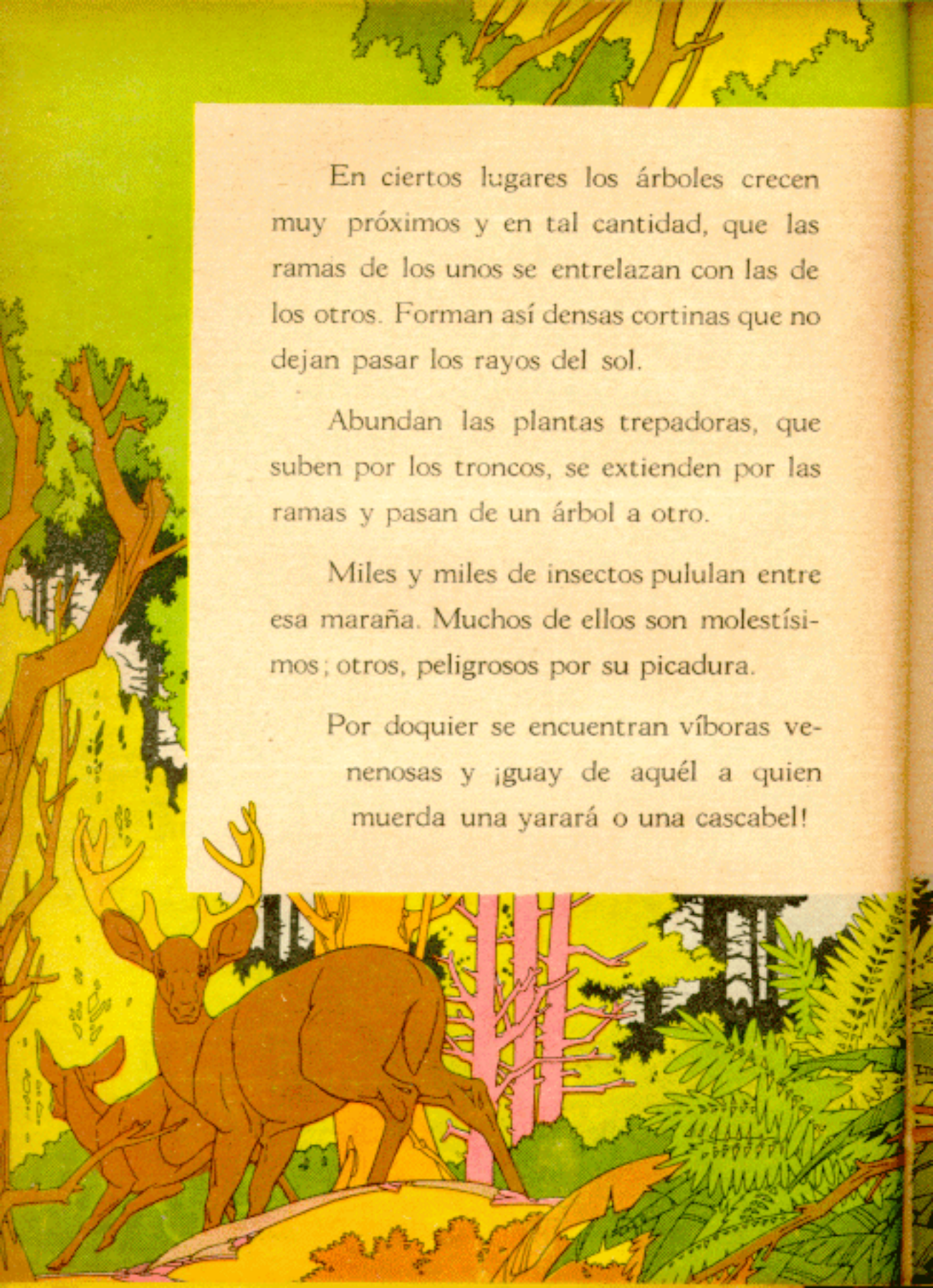
El maestro no debe limitarse, pues, a ver en estas lecturas una simple información sobre tales o cuales temas del programa. Van más allá de esa información



La selva Chaqueña

La vegetación en el Chaco tiene un desarrollo extraordinario.

Ello se debe a la mucha humedad y a la alta temperatura que reinan allí casi todo el año.



En ciertos lugares los árboles crecen muy próximos y en tal cantidad, que las ramas de los unos se entrelazan con las de los otros. Forman así densas cortinas que no dejan pasar los rayos del sol.

Abundan las plantas trepadoras, que suben por los troncos, se extienden por las ramas y pasan de un árbol a otro.

Miles y miles de insectos pululan entre esa maraña. Muchos de ellos son molestísimos; otros, peligrosos por su picadura.

Por doquier se encuentran víboras venenosas y ¡guay de aquél a quien muerda una yará o una cascabel!



La quietud de la selva chaqueña es sólo aparente. Debe existir una lucha sorda entre todos los animales que la pueblan. Los unos esperando el paso de la posible presa; los otros, moviéndose con cautela, avanzando con sigilo, temerosos del enemigo oculto que los acecha.

El ciervo y el tapir tienen su más encarnizado enemigo en el jaguar, el tigre americano.



Tapir y jaguar

Aunque el jaguar no es tan grande como el tigre de Asia es tan feroz y sanguinario como él.

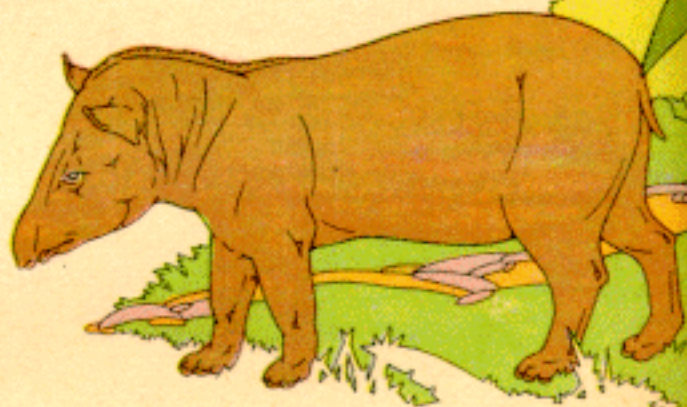
Lo aventaja en que puede trepar a los árboles, entre cuyas ramas se esconde. Desde allí acecha.

Generalmente se lo encuentra en las sendas que han abierto los cuadrúpedos al dirigirse a beber a los ríos o lagunas.

El jaguar espera pacientemente el paso de su víctima, tan pacientemente como el gato doméstico espera al ratón, a la salida de su cueva.

Cuando pasa el tapir, con un salto certero el jaguar cae sobre su lomo, en el que clava sus garras.

Contra esas garras y los agudos colmillos, el tapir no tiene más defensa que la dureza de su piel, que no es suficiente.





¿Sucumbirá siempre?

No; ordinariamente se salva.

¿Cómo?

El instinto le ha dado un arma mara-

villosa para su defensa: la carrera.

Tan pronto como siente al jaguar sobre sus lomos, el tapir emprende una carrera loca, desenfrenada, hacia sitios que él conoce y que eligió con anticipación. Allí existen ramas bajas, entrecruzadas de tal manera que sólo permiten el paso de su cuerpo. El tapir vuela hacia ese boquete y se lanza a él con el ardor que dan el terror y la desesperación.

Sólo pasa el tapir. El jaguar queda desmontado, maltrecho y dolorido.



¿Sucumbirá siempre?

No; ordinariamente se salva.

¿Cómo?

El instinto le ha dado un arma mara-

villosa para su defensa: la carrera.

Tan pronto como siente al jaguar sobre sus lomos, el tapir emprende una carrera loca, desenfrenada, hacia sitios que él conoce y que eligió con anticipación. Allí existen ramas bajas, entrecruzadas de tal manera que sólo permiten el paso de su cuerpo. El tapir vuela hacia ese boquete y se lanza a él con el ardor que dan el terror y la desesperación.

Sólo pasa el tapir. El jaguar queda desmontado, maltrecho y dolorido.

—¿En qué estaba pensando nuestro patrón cuando nos mandó llevar esta rastra, con la que apenas podrían cuatro hombres?

—¡Bah! — dijo el otro, orgulloso de su fuerza. — ¿Cuatro hombres? Para llevar eso me basto yo solo.

— Me gustaría verlo, le contestó el primero.

— Pues ayúdame a cargarla y verás.


Y mientras el vanidoso caminaba tambaleante, agobiado por el formidable peso, el otro no cesaba de decir:

— Nunca sospeché que fueses tan vigoroso. Apostaría a que no hay en la tierra dos hombres como tú. ¡Pero no! No es posible que la lleves por mucho tiempo. Pronto tendrás que pedir mi ayuda; permíteme que te dé una mano. Veo que no puedes más.

— No hace falta — replicábale el fortachón, envalentonado por las alabanzas de su astuto compañero. — Me siento con fuerzas para llevarla todo el tiempo que sea necesario.

Y lo cumplió.

En cuanto al otro, que pudo hacer el viaje descansadamente, se reía para sus adentros a más no poder, al recordar el éxito de su treta.



A la mancha

Por allá, en la tardecita,
dentro del espacio azul,
están jugando a la mancha
diez mil bichitos de luz.

Como va siendo de noche
todos llevan un farol,
que apagan para esconderse
como diciendo: a mí no;
que encienden para mostrarse
como gritando: aquí estoy.

Por allá, en la tardecita,
dentro del espacio azul,
están jugando a la mancha
diez mil bichitos de luz.

Fernán Silva Valdez

La mejor profesión .

Según calcula mi padre,
yo he de llegar a doctor.
Opina en contra mi madre,
que quiere hacerme tenor.

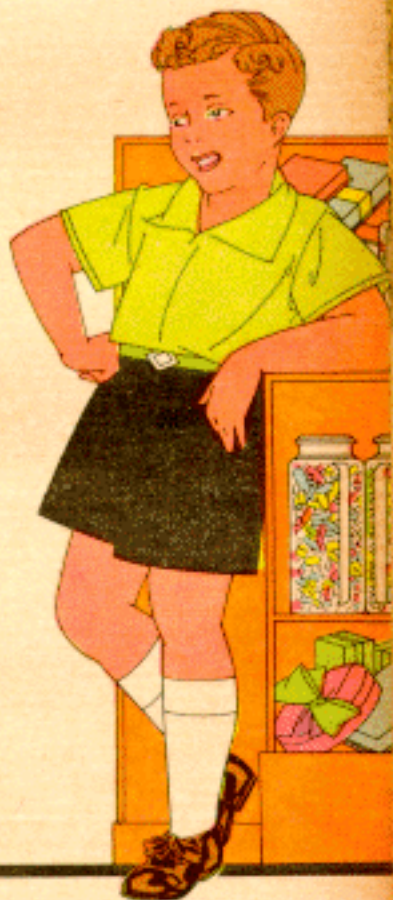
Mis dos hermanas mayores
me quieren ver capellán;
mi abuelito, don Juan Flores,
me llama ya: General.

Ya tengo bien elegida
mi profesión ideal,
la de ganarme la vida
en dulce forma real.

¡Qué, general ni doctor!
¡Qué, sacerdote ni nada!
La profesión de mi amor,
la que a mí mucho me agrada,

la de mi anhelo mayor
y de mi amor bien sincero,
es la de ser gran señor,
un gran señor. . . ¡confitero!

Lorenzo D'Auria



El nido ausente

Sólo ha quedado en la rama
un poco de paja mustia
y, en la arboleda, la angustia
de un pájaro fiel que llama.

Cielo arriba y senda abajo,
no halla tregua a su dolor,
y se para en cada gajo
preguntando por su amor.

Ya remonta con su queja,
ya pía por el camino
donde deja en el espino
su blanda lana la oveja.

Pobre pájaro afligido
que sólo sabe cantar
y, cantando, llora el nido
que ya nunca ha de encontrar.

Leopoldo Lugones





Preámbulo de la Constitución

Sancionada por el Congreso General Constituyente reunido en la ciudad de Santa Fe, el día 1.º de mayo de 1853.

“Nos, los Representantes del pueblo de la Nación Argentina, reunidos en Congreso General Constituyente por voluntad y elección de las Provincias que la componen, en cumplimiento de pactos pre-existentes, con el objeto de constituir la unión nacional, afianzar la justicia, consolidar la paz interior, proveer a la defensa común, promover el bienestar general, y asegurar los beneficios de la libertad, para nosotros, para nuestra posteridad, y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino: invocando la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia: ordenamos, decretamos y establecemos esta Constitución para la Nación Argentina”.





Cadenas rotas

El pueblo de Buenos Aires lanzó el grito de libertad el 25 de Mayo de 1810.

Poco después, ese grito era repetido en todo el país.

—De hoy en adelante seremos libres —decían los padres al llegar a su casa.

—Libres — repetían las madres y los hijos.

—Serán libres — parecían decir en su dulce canto las calandrias y los zorzales.

—Libres — susurraba la brisa; — libres — cantaban las aguas del Plata.

Y la palabra libertad corría de boca en boca.

de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, exaltando los corazones en noble ardor patriótico.

Era necesario defender la libertad, costara lo que costase.

El pueblo entero fué a la guerra.

Leed las páginas de nuestra historia. Ellas os dirán cómo conquistaron los criollos el triunfo en cien combates llenos de heroísmo.



La guerra por la independencia fué larga.

Recién después de seis años pudimos proclamar ante el mundo que éramos definitivamente libres.

Fué lo que hizo el Congreso de Tucumán, reunido en la hermosa ciudad del norte el 9 de julio de 1816.

Entonces la palabra libertad cruzó los mares y los continentes, anunciando al orbe entero que había nacido una nueva nación y que su bandera azul y blanca, símbolo de libertad, fraternidad y justicia, protegería a todos los hombres de buena voluntad que quisiesen buscar el amparo de su sombra protectora.

Una conciencia recta

—Me voy, Don Matías. Me voy para no volver,

—¡Que te vas! ¿Qué mosca te ha picado?

—Usted lo sabe. Yo no puedo permanecer aquí después de lo que vi anoche.

—¡Cómo! ¿Te asustas porque he pasado unas pocas piezas de seda por contrabando? ¿A quién se perjudica con ello? Vamos a ver, contéstame: ¿a quién se roba?

—Se roba a la patria, a nuestros conciudadanos, a todos los que viven en esta tierra de libertad.

Los derechos de aduana como los otros impuestos, los cobra el gobierno para atender los gastos de la administración pública. Sin ese di-

